

biera sucedido si no fuesen tan bárbaros, les irritó. Le ataron de piés y manos, y le hicieron su primera víctima, acribillándole con sus flechas.

Viendo el abad Pablo que Jeremías era tan cruelmente tratado por no haber querido descubrirle, salió al-punto, y dijo á los bárbaros, que él era á quién buscaban. Preguntáronle donde tenia el dinero, y les respondió con dulzura que todo su tesoro consistia en el pobre hábito que veían. Durante una hora no dejaron de atormentarle, y al fin le cortaron la cabeza.

Como á las tres de la tarde entraron en la iglesia, é hicieron en todos los que encontraron una terrible matanza. Un solo religioso que se ocultó bajo un montón de leña, escapó á su furor: pues la Providencia le conservó para que el relato de estos mártires hecho por él, sirviese de edificación á la Iglesia, Habia entre ellos un novicio, llamado Sergio, á quién quisieron salvar y llevar consigo; pero este jóven, que desde la más tierra infancia habia sido educado en la piedad por el monje Salatiel, su pariente, considerando los peligros á que se hallaba expuesta su alma entre aquellos bárbaros, empezó á llorar; pero animado despues por un espíritu sobrehumano, arrebató la espada á uno de ellos é hirió á otro, obligándoles con este acto de valentía á que le acometiesen. Todos los tormentos los sobrellevó con gozo inefable, y diciendo: Bendito sea el Señor que no me ha abandonado en medio de los pecadores. De esta manera fué asociado al martirio de sus hermanos <sup>1</sup>.

Despues de esta horrible matanza, empezaron los bárbaros á buscar por todas partes las riquezas de estos pobres evangélicos; pero todas estaban en el cielo con ellos. Dios permitió que no se fijasen en el montón de leña en que se hallaba oculto el religioso, y visto que nada pudieron en-

<sup>1</sup> Baillet dice que este novicio se llamaba Salatiel. Ha confundido al maestro con el discípulo.

contrar, se dirigieron á la playa. Pero no tardaron en experimentar las venganzas del Señor, á quién tan impiamente habian ultrajado en la persona de sus servidores. En efecto, encontraron destrozados sus bajeles, y seiscientos sarracenos, que, al tener noticia de lo ocurrido, acudieron de Farán, los destrozaron enteramente, sin dejar uno solo vivo.

El solitario que se habia escondido, salió de la iglesia, cuando presumió que nada había que temer, y viniendo á ver lo que habia ocurrido á sus hermanos, los encontró muertos á todos, á excepción de tres, á saber, Domno que murió poco despues de resultas de las heridas, Orión que recibió varias contusiones, y Andrés que fué curado. De esta manera, de los cuarenta y tres solitarios que moraban en este desierto, sólomente tres escaparon de la muerte.

Habiendo terminado la derrota de los blemienses, los sarracenos de Farán, que eran cristianos, fueron á ayudar á Orión y á su compañero á tributar los últimos honores á los santos mártires, yendo á la cabeza de ellos Obediente, su jefe, de quién despues hablaremos, y acompañándoles los principales personajes de Farán, que trajeron ricos hábitos en que envolverlos. Se les llevó solemnemente á la sepultura, cantando salmos y con grandes testimonios de veneración, teniendo cada cual en la mano una palma como signo de la victoria. Se les depositó en una tumba común cerca de la Iglesia, y Domno, que murió al dia siguiente, fué enterrado en un lugar inmediato, por no abrir la sepultura.

El solitario que habia escapado de la muerte, no pudo permanecer mucho tiempo en aquel lugar en que habia visto asesinar á todos sus hermanos, con los cuales habia pasado cerca de veinte años. Así es que, á pesar de las súplicas de Obediente, se retiró, como hemos dicho, á Sina. El abad Dulas le recibió con mucho afecto, refiriéndole,



así como á sus religiosos, todos los detalles del martirio de sus hermanos, que Ammonio, que los oyó de su boca, consignó por escrito.

Hemos dicho que Ammonio estuvo en Canope ántes de venir á Sina: volvió á Egipto despues de la muerte de los santos eremitas, fijando su morada cerca de Elénfis, en donde se encerró en una pequeña celda. Aquí fué en donde escribió en lengua egipcia el relato de la muerte de estos santos, alimentando su piedad con la lectura de sus mártirios. Su relato fué traducido al griego por Juán, sacerdote, que lo encontró en poder de un solitario de Neucrate, cerca de Canope. El padre Combefis, que dió á luz su obra, cree que Ammonio pudo haber participado de la gloria de los mártires cuyo triunfo leía, y que tal vez sea el san Ammonio, sacerdote y mártir de Alejandría, de que habla Eusebio. El Típico de san Sabas hace constar que se leía la obra de Ammonio durante la comida de los dias festivos, y los griegos la copian en sus Menologios.

Es preciso agregar á lo que acabamos de decir acerca de los santos mártires de Raitha, lo que refiere Ammonio de los cuatro principales de ellos, á saber: José, Moisés, Psoes y Pablo. Este último era natural de Petra, en la Arabia, y gobernaba, como hemos dicho, á estos santos solitarios, lo cual no era obstáculo, para que se considerase como el último de sus religiosos. Pero como su humildad era un sincero sentimiento de virtud, y no una pusilanimidad, de aquí el que tuviese al mismo tiempo un ánimo y una generosidad verdaderamente cristiana, como lo manifestó en el discurso lleno de valentía que dirigió á sus religiosos al ver aproximarse el enemigo, animándolos á morir por Jesucristo, y dándoles él mismo ejemplo de constancia y fortaleza.

José habia muerto poco tiempo ántes de la invasión de los bárbaros, y Ammonio refiere de él cosas extraordina-

rias; pero lo que constituye su principal elogio es que á su profunda ciencia unia un gran discernimiento de las cosas espirituales, y que cumplia con la mayor perfección todos los deberes de la piedad cristiana. Tenia un discípulo, llamado Gelasio, que cuidó de darle sepultura, y es creible que este discípulo fuese una de las víctimas de los bárbaros.

Moisés era natural de Farán: abrazó casi desde la infancia la vida solitaria, absteniéndose en toda su vida de comer pan, y no alimentándose más que de dátiles y agua. Dormía muy poco, y esto despues del oficio de la noche. Durante la cuaresma no tenia otras provisiones que un cántaro de agua y veinte dátiles, que algunas veces no tocaba en todo este santo tiempo. Su hábito consistia en hojas de palmera entretegidas. Su virtud y su experiencia en las cosas espirituales, atraian con frecuencia á los religiosos á su lado, para recibir instrucciones en orden al régimen de sus conciencias. Los recibia siempre con caridad: pero reservaba la cuaresma para vivir en el mas riguroso silencio, y desde el primer dia cerraba su puerta, para no abrirla hasta el de Pascua.

Habia escogido para celda una gruta inmediata á la iglesia, y tenian tanta virtud sus oraciones, que se decia de él, cual de Elias, que alcanzaba de Dios todo lo que pedia. Hizo un gran número de curaciones prodigiosas: libró á muchos poseidos, y con sus prodigios atrajo á la fé cristiana á la mayor parte de los ismaelitas ó sarracenos del pais de Farán.

Obediente fué uno de los que libró del maligno espíritu. Se lo llevaron en la cuaresma, y como en este tiempo á nadie abria la puerta de su celda, el demonio lo arrojó en tierra á la distancia de un estadio, y salio de su cuerpo, gritando. « ¡ que violencia! ; ni una sola vez he podido conseguir que este viejo quebrante su regla! » Ocupaba



Obediente el primer rango entre los faranitas, y abrazó la fé con tanto ardor y piedad, que se le dió el título de amante de Jesucristo.

Moises vivió setenta y tres años en la soladad, y no cabe duda que fué del número de los asesinados: pues no se dice, como de José, que muriese ántes de la llegada de los blennienses.

Tuvo un discípulo llamado Psoes, que, habiendo vivido cuarenta y seis años bajo su dirección, practicó con la mayor exactitud todo cuanto le prescribió, y le imitó tan perfectamente, que fué una imágen y viva representación de la vida de su maestro. Era natural de la Tebaida. El solitario que refirió todo esto á Ammonio, le confesó que, habiendo querido vivir con él, se vió obligado á separarse, porque una vida tan austera era superior á sus fuerzas.

La muerte de los santos solitarios de Sina y de Raitha no impidió que se poblasen de nuevo estos desiertos, y que diesen grandes hombres á la Iglesia.

---

### SAN MOISÉS, PRIMER OBISPO DE LOS SARRACENOS <sup>1</sup>

Hemos visto en el capítulo anterior, que Obediente, jefe de los Sarracenos, abrazó la fé de Jesucristo; pero lo que más contribuyó á extender el cristianismo en esta comarca fué la piedad de la reina Maria. Pretenden algunos que era romana y cristiana, y que, habiendo caído prisionera de guerra, casó con ella el rey de los

<sup>1</sup> Rufino, Teodoreto, Zozomeno y los Bolandistas.

Sarracenos. Su marido era aliado del imperio, y cuando murió, pretendieron los romanos subyugar aquel territorio.

Pero fueron vanos sus intentos: pues Maria sostuvo la guerra con tanto vigor como ventaja, viéndose los romanos obligados á pedirle la paz. La reina consintió en ella, pero á condición de que se le diese al solitario Moisés por obispo de su nación. Este santo varón era de origen sarraceno, y moraba en un desierto inmediato, entre Egipto y la Palestina, en que le habian hecho muy célebre sus prodigios y sus virtudes.

Los romanos se creyeron muy ventajosos con obtener la paz á precio de semejante condición <sup>1</sup>, así es que Valente <sup>2</sup>, á quién lo participaron sus generales, dió orden para que Moisés fuese llevado con el decoro correspondiente á Alejandria, como la ciudad más inmediata, para que en ella recibiese la ordenación episcopal. Era obispo de ella Lucas <sup>3</sup>, ariano furioso, que habia usurpado esta silla despues de la muerte de san Atanasio, y que, como hemos dicho en otro lugar, cometia las mayores crueldades con los católicos.

Cuando Moisés le vió presentarse para practicar la ceremonia <sup>4</sup>, le dijo en presencia de los generales y de una inmensa concurrencia. « Deteneos, Lucas, y no me ordenéis obispo. Reconozco que esta sublime dignidad es superior á mis fuerzas, y que no la merezco. Sin embargo, si es orden de la Providencia que yo, no obstante mi indignidad, sea elevado á ella, tomo por testigo al Dios de cielos y tierra, que jamás permitiré, que impongais sobre mí

<sup>1</sup> Ruf. *hist.* lib. VIII, cap. 6.

<sup>2</sup> Aquí se trata de Valente (Flavio), que ocupó el imperio desde 364 hasta 378, y que se hizo bautizar por Eudoxio, jefe de los arianos.

<sup>3</sup> Teodulo, lib. IV, cap. 22.

<sup>4</sup> Zozom. *ibid.*